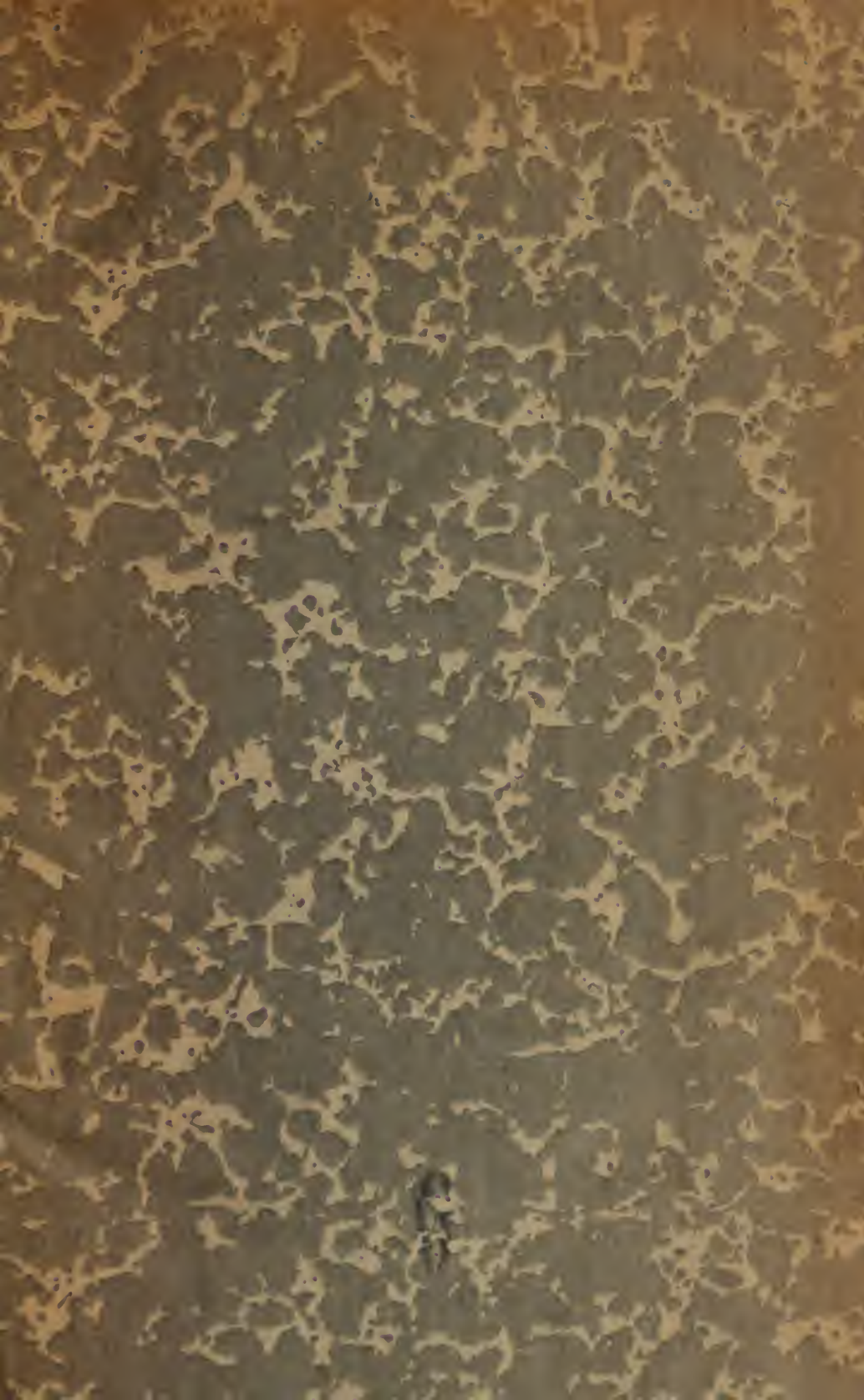




3 1761 07802988 1





NO. 1000

MAS CHULO
QUE UN OCHO

MAS CHULO
QUE UN OCHO



LIBRARY OF THE
MUSEUM OF MODERN ART
1000 5th Ave. New York 17, N.Y.

DEL AUTOR

- La suegra de Tarquino* (6.^a edición).
¿Quién disparó? (2.^a edición).
Memorias de un suicida (2.^a edición).
Saldo de almas (2.^a edición).
La Farándula (3.^a edición).
La Piara (2.^a edición).
Alcibiades-Club (2.^a edición).
El pícaro oficio.
La Coquito (7.^a edición).
Una mancha de sangre (2.^a edición).
Aquellos polvos... (3.^a edición).
Las noches del Botánico (2.^a edición).

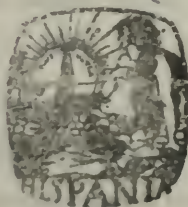
S
B4277m

JOAQUIN BELDA

MÁS CHULO
QUE UN OCHO

NOVELA

(TERCERA EDICIÓN)



181365.

13.6.23.

BIBLIOTECA HISPANIA

CID, 4. — MADRID

INDUSTRIAL

MAS CHUDO
QUE EN OCHO

Es propiedad.
Queda hecho el
depósito que marca
la Ley.



62513
ES J. E.

S. L. de A. G.—Cartagena-Madrid

MAS CHULO QUE UN OCHO

LA habitación estaba vacía; en ella se notaban esas huellas inconfundibles de todo sitio en que se acababa de reñir un combate, de cualquier clase que sea: la cama aparecía deshecha y con las ropas confusamente arrolladas a los pies, como una bandera que se arría ante el empuje del enemigo; una de las frágiles sillitas de rejilla dorada estaba caída en el suelo, y, en el centro de la estancia, como un trono al que su rey acaba de abandonar, había un chisme,

forma guitarra con cuatro patas, al que el pudor nos impide llamar por su nombre, y en cuyo seno se tranquilizaba poco a poco un agua que acababa de cometer varios infanticidios.

Será inútil que agreguemos que los frascos del tocador estaban en desorden, y que junto a una escupidera de porcelana yacían dos colillas de cigarro con áurea boquilla, y de dimensiones tan idénticas, que nada tenía que echarse en cara la una a la otra.

La habitación estaba vacía. Esto ya lo hemos dicho antes, pero parece que, repitiéndolo, el vacío es mayor. Se oían en ella todos esos ruidos de la soledad tan característicos: una carcoma que trabaja en el silencio,

un mueble que se queja, una jofaina que gotea... Y se oía también, y esto es lo extraño, como un estertor contenido, como el resoplar de una locomotora que viniese de muy lejos: cosa de espiritismo, indudablemente.

La alcoba no tenía nada de particular; estaba amueblada con arreglo a ese patrón, que parece invariable, de todas las alcobas de cierta clase de mujeres que han hecho del amor una máquina de acuñar moneda: la cama amplia y mullida para que en ella pueda hacerse algo más que dormir; el biombo de tela japonesa y madera blanca, para ocultar tras él ciertos pudores, que aquí parecen tan superfluos como sería un paraguas en un cuarto de duchas; la *chaise-longue*, cubierta con piel de oso de

Siberia—que parece ser el más resistente—, y la mesita tocador, no para la dueña de la casa, que suele tenerlo en habitación aparte, sino para uso del visitante de tanda, que es lógico no quiera marcharse a la calle sin coquetear un poco ante el espejo.

Lector: te hemos introducido, sin que te cueste más que una peseta, en el dormitorio de la célebre María Infantes, estancia donde hubo quien entró una sola vez y le costó treinta mil duros. Esta mujer estupenda...

Pero ¿qué es eso? Juraría que la piel de oso de Siberia se mueve un poco... No cabe duda, ahora se mueve más... La cabeza del plantigrado se alza de la *chaise-longue* como si quisiera devorarnos. ¡Cielos! Toda

la piel viene hacia aquí... ¡Jesús!... Ahora cae al suelo como un trapo... y bajo ella aparece el cuerpo vivo de un joven como de unos veinticinco años, bien vestido, rubio, con ese rubio-coñac que tienen algunos socios de la Peña, y con la cara espantada y angustiosa del que acaba de correr un gran peligro.

Está en mangas de camisa, y lo primero que hace al verse libre es ir al tocador, coger una toalla y limpiarse con ella la frente y el rostro, bañados en sudor. Luego se alisa los cabellos, escucha un rato, y casi de puntillas va a la puerta que separa la alcoba de un gabinete; mira por el cerrojo, después aplica el oído, y, por fin, respira satisfecho.

Tenemos el gusto de presentárte-

lo, lector: es Juanito Gorguera, el amante *verdad*, el del corazón, vamos, el chulo de María, la dueña de la casa.

*
* *

Ante ciertos ejemplos palpitantes no hay más remedio que creer en la vocación; mejor diríamos, en la predestinación.

Hay quien nace para conductor del tranvía, y más tarde o más temprano—generalmente a las siete de la mañana—empuña la manivela, aunque antes haya perdido el tiempo licenciándose en Derecho; hay quien viene al mundo para ser empresario de teatros, y en empresario acaba, abandonando las varas de un carro, donde estaba como en su propia ca-

sa. Así, Juanito Gorguera había nacido para chulo, y chulo era sin darse cuenta, y, a veces, aun contra su voluntad.

A los quince años, la cocinera de su casa paterna, después de rendirle casi a diario el homenaje de sus caricias un poco espesas, le entregaba, peseta a peseta, el salario íntegro del mes, más lo que sisaba en la compra, que no era cantidad despreciable. El chico se lo gastaba todo en tabaco y en la cuarta de Apolo, y sus padres, sin saberlo, tenían en casa cocinera gratis, aprovechándose así de la chulería del hijo.

Juanito creció—¡qué remedio le quedaba!—, y sus padres empezaron a dejarlo salir de casa por las noches, después de registrarle los bolsillos y

cerciorarse de que sólo llevaba en ellos dos reales, cantidad que bastaba para el café, pero con la cual no se podían entablar relaciones con el sexo contrario, a no ser marchándose a los desmontes del Observatorio o a los solares de la calle Fortuny.

Una noche, a eso de la una, cruzaba Juanito la Red de San Luis, que en aquella época era bastante más pintoresca que ahora, y notó que un cuerpo humano se le colgaba de su brazo izquierdo con premura, a tiempo que le decía con voz jadeante:

—Oye, pollito, ¡por lo que más quieras! no te separes de mí. Anda, vamos andando.

Y le llevó casi arrastras hacia Jacometrezo. Era *la Maña*, la célebre *Maña*, la mujer más popular y famo-

sa del Madrid nocturno de entonces y la más guapa y ebúrnea de todas las que fingían una pasión por diez pesetas.

Juanito notó que aquella mujer venía huyendo; volvió la cabeza y vió que, en efecto, dos del Orden acosaban a quince o veinte mujeres hacia la calle del Desengaño. El rebaño huía, como en el monte cuando se presenta el lobo; casi todo él había podido escapar; pero unos paisanos que acompañaban a los guardias tenían ya trincada por la falda a una de las ovejas.

El muchacho tuvo un impulso decisivo:

—Oye, rica, ¿me has tomado de cimbel? ¿Supongo que esto me valdrá a mí algo?...

— ¡Calla!

— ¿Ah, no?... Como quieras.

Y se soltó de ella violentamente. Uno de los guardias, que había visto desde lejos a la *Maña* y había observado la maniobra, venía hacia ella renunciando, por inútil, a la persecución de la manada disuelta ya en las sombras de la calle del Desengaño. Venía, porque no quería que le tomaran de primo.

La mujerona lo vió, y echó a correr detrás de Juanito.

— Oye, ven... lo que tú quieras... Anda, vamos... aquí a Mesonero.

Ya estaba colgada otra vez al brazo del galán, cuando el guardia llegó a ellos:

— No creas que no te he visto, *Maña*; por esta vez te has escapado,

pero ya caerás. Hasta las dos hay que estar en casita.

Juanito quiso desempeñar a la perfección su divino papel:

—Oiga usted, esta mujer va conmigo y no hay que decirla nada.

--Ya lo he visto: por eso he dicho que esta vez se ha salvado.

Dió media vuelta y se marchó. La consigna era severa. Siempre que las acompañase un hombre, hasta las pupilas de la calle de Ceres, podían pasearse a las doce del día por la misma Puerta del Sol.

El chico se aprovechó, y no le supo mal por cierto: hacía tiempo que acariciaba como una ilusión—una ilusión que por dos duros se convertiría en realidad—el gozar de las caricias de *la Maña*, que era una verdadera

maestra. Al separarse una hora después en la puerta de la casa, él tuvo un rasgo de poeta:

—Oye, a este precio, cuando no tengas quien te acompañe por las noches, cuenta conmigo.

Fué su bautismo de sangre; el primer disparo que convierte en héroe al soldado bisoño y decide una vocación para toda la vida. La verdad era que las señoras gratis parecían más sabrosas, y ya que había sido la casualidad y no su voluntad la que le había deparado el lance de aquella noche, seguiría el sendero que la casualidad le señalaba, y que a él, entonces, le parecía bordeado de rosas.

Sólo que la cosa no era fácil. El mundo se iba metalizando, y las mujeres, convencidas cada vez más de

que cierta parte de su fisiología podía ser un cuño del que saliesen muchas monedas, sentían una instintiva repugnancia por los pelanas, como ellas llamaban en su jerga a los hombres que veían las pesetas con telescopio.

Pasaron unos cuantos años y Juanito cumplió los veinticuatro; durante ellos, terminó la carrera de abogado, se hizo socio de la Peña y ¡oh desilusión! fué resolviendo el problema del amor con las escasas pesetas que podía extraer del bolsillo de su padre, que, aunque bien repleto, no tenía para el hijo excesivas prodigalidades.

De vez en cuando se acordaba del lance aquel de *la Mañana*, con esa melancolía retrospectiva con que se recuerda un paraguas que nos dió cobijo en tormentosa noche invernal, y

que después perdimos para siempre en el guardarropa del Ateneo. Pero un día... o, mejor dicho, una tarde...

*
* *

Juanito Gorguera tenía un viejo amigo que, además de serlo, era hermano de su padre; pero este parentesco era lo de menos para tío y sobrino, pues el bueno de don Sebastián, que así se llamaba, era para el chico, ante todo y sobre todo, un amigo. Tenía más de sesenta años y, habiendo sido en su juventud teniente de húsares, abandonó la carrera de las armas porque el montar a caballo le daba acedías casi todas las noches.

Como soldado había estado en el Norte, y fué además de los que ayudaron a Pavía en aquel barrido céle-

bre del Congreso de los Diputados, que, después de la batalla de las Navas de Tolosa, es el hecho más glorioso de nuestra Historia. Era un hombre de mundo, y, cansado ya de todo, tenía ese aire lánguido del sujeto que ve pasar la vida como un panorama en el que no hay más que un solo e invariable color. Vivía de una modesta renta y de un destino que le había dado en la Tabacalera un ministro amigo: iba dos horas diarias a la oficina, y, gracias a ellas, llegó a ser un consumado maestro en el arte de liar pitillos.

Con su hermano, el padre de Juanito, se llevaba, poco más o menos, como se llevan los extremos de un diámetro: no podían verse más que de lejos, y desde lejos se enseñaban

los dientes. Para el chico era una sucursal de la Divina Providencia: sus apuros de dinero él los socorría, aunque no con mucha largueza, pues don Sebastián no se parecía a Crespo más que en lo mucho que le gustaban las tobilleras.

Lo que no iba en dinero iba en consejos, y el tío sermoneaba al sobrino de un modo implacable, aunque siempre en tono dulce y como quien no está muy convencido de lo que aconseja, sabiendo que siempre hay un *algo* que destruye, en último caso, los mejores sistemas filosóficos. Juanito, cuando el amigo y tío se ponía muy pesado, lo metía en una pastelería: sólo llenándose la boca de pasteles llegaba a callarse aquella parodia de Bossuet; el sistema no falla-

ba nunca, pues el antiguo húsar amaba los pasteles más que a toda su familia, sobre todo si eran de hojaldre.

Una tarde, Mentor y Telémaco caminaban muy despacio por la calle del Barquillo en dirección a la de Argensola, donde vivía el primero. Era Abril, y la primavera florecía en los árboles y en las cabezas de los pollos, que ya habían sacado a la calle los primeros sombreros de paja. En el ángulo de la calle de Gravina, tío y sobrino hubieron de detenerse para dejar paso a un coche, una cosa muy mona, de un solo caballo, con el cochero de flamante levita gris, y todo el conjunto—carro, caballo y auriga—resplandeciente e impecable.

No iba vacío el estuche: en su interior, erguida como una reina en su

trono, iba una mujer como de unos veintidós años, rubia como una onza, y con el rostro de una belleza imponente, una de esas bellezas agresivas que obligan a bajar la vista al espectador, no se sabe por qué.

No la bajó Juanito sin embargo: quedóse como alelado, entontecido, con la boca abierta y los ojos fijos en la aparición, la cual, al ver que la miraban, volvió el rostro al otro lado, con una mueca de desdén, que era en ella muy frecuente.

El coche tuvo que dar la vuelta para seguir por Barquillo, y como Juanito y su acompañante se habían detenido en la misma esquina, ocupando el centro de la curva que el carruaje había de describir, pudieron contemplar a su sabor a la belleza

dorada. Entonces ella, como queriendo subsanar una omisión, volvió a mirar rápida al grupo, y, dirigiéndose a don Sebastián, le obsequió con una sonrisa discreta que parecía un amanecer de primeros de mes.

—Adiós, Mariquita—dijo el viejo, efusivo y llevándose una mano al ala del sombrero.

El coche se perdió muy pronto en el barullo de la calle.

El mozo se había quedado clavado en la acera mirando hacia atrás, y su tío tuvo que llamarle la atención:

—¿Qué haces, hombre?

Pero él, echando a andar, contestó con otra pregunta:

—¿Quién es esa mujer que te ha saludado?

—¡Cómo! Pero ¿es que no la co-

noces? Sí, hombre; si no tienes más remedio: es la célebre María Infantes.

—¡Oh! ¿Es esa?... Conocía el nombre, pero no sabía cómo era.

Siguieron andando, y, al rato, dijo el muchacho con la celeridad de un disparo:

—Tío, tienes que presentarme a esa mujer.

Ahora fué don Sebastián el que se paró. Quedóse mirando al hijo de su hermano y echóse a reír como si acabase de leer un chiste de almanaque.

—¡Presentarte! No lo permita Dios.

Y comenzó a sermonear al chico para no perder la costumbre. Lo malo era que en el barrio no había por aquel entonces ninguna pastelería.

*
* *

El teatro ya no existe, y de las cenizas de su solar han surgido unas casas de vecinos. Era una sala no pequeña, pero un poco triste, bautizada con un nombre moro bastante eufónico.

Se hacía en él una temporada de varietés y para aquella noche se anunciaba un debut de sensación; el cartel no decía más que *María Josefina*, pero los iniciados—y en Madrid todo el mundo es iniciado—sabían que detrás de aquel nombre se ocultaba la arrogante persona de María Infantes con todos sus soberanos atractivos.

El nombre había empezado a sonar hacía poco, pero tenía ya ese prestigio que acaricia a ciertos nombres de mujer, que, al pronunciarse, evocan en todas las mentes una alcoba a to-

do lujo, unos hombres arrastrándose a los pies de la dueña de esa alcoba, y, en el fondo, una melancolía disimulada en el alma de aquella mujer, que ha hecho del amor su profesión.

Empezaron a circular cien historias de esas dislocadas que nadie sabe quién las inventa, y de las cuales sólo algunas serían verdad, o acaso ninguna.

Se decía, entre otras cosas, que un conde muy conocido, y que había sido el... *que abrió la sesión*, había dejado como recuerdo a María la propiedad de una casa de tres pisos valuada en ochenta mil duros. La muchacha empezó a contar con dos cosas que son siempre compañeras inseparables y señales infalibles del éxito: la admiración de los extraños

y la envidia de las compañeras.

A su debut asistió todo el Madrid de tronío, ese Madrid que polariza su vida entre la cuesta de las perdices y los altos de Fornos. En honor a la verdad había que decir que María, como cupletista, no resultó; para triunfar la sobraba distinción, y un innato sentimiento de buen gusto que la hacía sufrir arcadas cuando un chiste soez o una frase grosera la saludaba desde el paraíso o desde una butaca.

Probó su talento abandonando pronto el oficio; pero la aventura no había sido inútil, ya que sirvió para que Madrid entero la proclamase la más hermosa de sus mujeres alegres, al verla unas cuantas noches a la luz radiante de las candilejas, que no hi-

cieron más que destacar los primores de su cara.

Al poco tiempo desapareció de Madrid. No tardó mucho en saberse dónde estaba: había ido a París, porque esta ciudad era entonces, ha sido después y seguirá siendo durante siglos, el almacén de la gracia y de la seducción.

Los incondicionales de la cultura alemana basan la superioridad de Berlín sobre Lutecia en el hecho de que en la capital de Prusia hay una colección de sabios que todos los años descubren una docena de microbios, y hay unos policías gigantes que tratan al ciudadano como si fuese una estera a la que hubiese que varear. Nosotros, que no creemos en los microbios más que como pretext-

to para que no se oxiden los microscopios, y que no creemos en las esterillas, porque somos partidarios de los pisos de madera, preferiremos siempre un restaurant del bosque de Bolonia a un laboratorio alemán, y una griseta de mediano desarrollo a un guardia berlinés, aunque esté más desarrollado que el simpaticón y genial Prudencio Iglesias Hermida.

Madrid temió perder para siempre a la reina de sus cortesanas al leer en un periódico la noticia equivocada de que María Infantes era una de las lesionadas en el famoso incendio del Bazar de Caridad. No hubo tal, y cada vez que en la Peña, en el Casino o en los palcos de los teatros entraba un individuo recién llegado de París, los amigos, después de preguntarle

si la torre Eiffel seguía en el mismo sitio y si Rochefort seguía conservando tieso el tupé, recaían en la pregunta de rigor:

—Oye, ¿has visto por allí a María Infantes?

—La he visto.

—Y ¿qué hace?

—Pues ¡qué ha de hacer! Lo mismo que aquí: triunfar.

Y una tarde la viajera, de pronto, se presentó en el paseo de coches de la Castellana, como anuncio de la Primavera, que también llegaba por aquellos días.

Fué como si Madrid entero sonriese. La noticia circuló como con alas por todo el mundo galante:

—Ha vuelto María. María Infantes ha vuelto.

Venía más esbelta, más afinada, como si los meses hubiesen corrido para ella hacía atrás por obra de un poder brujo. Combatida la tendencia a engordar que desde... *lo de la apertura de la sesión* había tenido, ahora era cual un junco cuyo extremo bañase el sol, cual una joya radiante en el estuche de raso del coche... Vamos, lector, una mujer para jugarse por ella la cabeza y hacer trampas en el juego.

Como una bomba cayó la nueva del retorno en los tocadores y en las alcobas de las compañeras de María, para ellas la cosa suponía una disminución de ingresos, ya que la competencia era imposible. Ante el espejo, aquellas comadres, que en su mayoría habían ya doblado el cabo de las

tormentas, aumentaban el estucado del rostro, se echaban en la boca un fleje nuevo para aumentar la fuerza de su dentadura postiza, consumían por fanegas las barras del colorete, y todo para luego, al acudir al paseo después de aquella carena, aparecer como caricaturas junto al coche de María Infantes, que cada día ganaba una perfección más.

La tarde en que Juanito Gorguera la vió por primera vez en la calle del Barquillo, hacía dos meses que la viajera había vuelto de París.

¡Dos meses! Por los corrillos donde se chismorrea de estas cosas, se decía algo que casi era un poema: María, sin que nadie supiera por qué, desde que estaba en Madrid no había pecado. Rechazó a los muchos

moscones que se acercaron a ella como a un panal; si eran amigos antiguos, el rechazo era cortés y amistoso, y si se trataba de novatos, la repulsa era más violenta y definitiva.

Que no se trataba de una conversión de aquellas que puso en moda la Magdalena, lo probaba el hecho de que María continuaba su vida de siempre, concurriendo a todos esos sitios que son mercados del amor, más o menos directos—paseos, teatros...—y envidando con la mirada y con el gesto al que parecía ponerse a tiro.

¿Habría gato encerrado? Muchos creían que sí, pero ella sabía que no. Era un capricho, un afán de averiguar a qué sabía aquello de la honradez, esa cosa tan arbitraria que en

la mayor parte de los casos huele a sudor y a ropa vieja.

O acaso la muchacha, como Ninón de Lenclos, quisiera rehacer su virginidad...

También podía ser todo ello simplemente un presagio.

*
* *

Lo que más molestaba a don Sebastián era que su sobrino, en el curso de la conversación, le llamase tío. El chico, por ello, desde hace unos días, jamás empleaba la palabreja nefasta: tenía gran interés en que el viejo no se incomodase, pues el enfado no suele ser el mejor consejero de la generosidad.

Un día, y en el curso de uno de aque-

llos paseos que daban casi a diario, siempre por el centro de Madrid, le sorprendió el joven contándole un cuento chino: uno de sus más íntimos amigos, antiguo compañero de la Universidad, estaba gravemente enfermo; para salvarlo era preciso practicarle una operación quirúrgica, por la cual le pedía el médico, como último precio, quinientas pesetas.

—Ha acudido a mí, porque no tiene a quién—agregó Juanito en tono cavernoso—, y dice que si yo no se las doy, tendrá que irse al hospital.

—Que se vaya—replicó el pariente, que desde el primer momento había comprendido que le estaban colocando un folletín—; te advierto que en los hospitales no se está tan mal como el vulgo cree.

—Eso le he dicho yo; pero dice que no quiere, porque cuando era pequeño una gitana le dijo que tenía que morir en un hospital... y no quiere precipitar los acontecimientos.

—¡Caramba!

Don Sebas miró al narrador de un modo especial: éste se fumó la mirada, y continuó:

—Lo malo es que se trata de un amigo, al que no puedo negarle nada: le debo un favor antiguo: el día que nos examinamos de Procedimientos judiciales, me prestó un programa iluminado, gracias al cual me gané un sobresaliente.

—Tú no tendrás las quinientas pesetas ¡claro!

—¡Por Dios, Sebastián!

—Y querrás que yo te las dé...

—A ser posible...

—Pues mira, se me ocurre una idea: vamos a casa de tu amigo, vemos cómo está, cumplimos así una de las obras de misericordia, que es la de visitar a los enfermos, y...

—¡Por Dios! No lo consentiré yo... ¡Tú en aquella casa!

—¿Por qué no?

—Si es que... no te lo he dicho todo: mi amigo tiene unas viruelas espantosas.

—¡Ah, vamos! Entonces ahora comprendo lo de la operación: como que las viruelas no se curan más que abriéndole al enfermo la barriga.

El muy marrullero se echó a reír estrepitosamente. Juanito ya no supo qué decir.

—Mira—agregó bondadosamente

don Sebastián—, yo te doy el dinero con una sola condición.

—¿Cuál?

Que me digas para qué lo quieres. Porque ya comprenderás que la historia del amigo sé muy bien que no es más que una película.

El pollo se jugó el todo por el todo:

—Pues lo quiero... para dárselo a María Infantes.

—¡¡Juanito!!

—No lo hace por menos.

—Pero ¿tú has hablado con ella?

—¡Nunca!

—Vamos, vamos, explícame.

—Pues ya te lo puedes suponer. A mí esa mujer me gusta una inmensidad, y como no soy un idiota, he comprendido desde el primer mo-

mento, que no había más que un camino para llegar a ella: el de los pápiros.

—¡Claro!

—Un día, en la Peña, oí que en un grupo hablaban de ella, y presté atención: Arturo Casacogollos, que sabes que es persona seria, aseguraba que antes de marcharse María a París, había compartido con él la *chaise-longue* por cien duros.

—El secreto a voces.

—Alguien apuntó la duda de que ahora, después del regreso, como en realidad está más guapa, y más solicitada, haya elevado la tarifa, y entonces Pepe Loeches, que, como sabes, es una especie de comisionista de señoras...

—Como que vive de eso.

—Exacto. Pues Loeches afirmó que en casa de Mercedes *la Paella*, el día antes, se la habían ofrecido por el mismo precio, aunque sin fecha fija.

—¿Qué es eso de la fecha?

—Muy sencillo: que María dice que por ahora *no torea*; no por nada, sino porque quiere descansar una temporada.

—Entonces ¿es verdad lo que dicen por ahí, de los dos meses de honradez?

—Parece que sí.

—¡Qué mujer más rara!

—Bueno, yo, excuso decirte, aquella misma tarde me fui a casa de Mercedes *la Paella* con una tarjeta de presentación del propio Loeches. Hable con ella, y...

—¿Y qué?

—Que todo está arreglado. No me falta más que el dinero.

—Pero ¿María te espera?

—Cuando yo quiera ir. Mercedes me dijo que hablaría con ella y que volviese a los dos días por la contestación. Volvi y me comunicó que en principio estaba aceptado, pero que quería conocerme, saber quién era yo: para ello, al día siguiente, había yo de ir a la Castellana en un coche del Circulo y, como señal, llevar la cabeza descubierta, y, al cruzarme con ella, pasarme la mano por la frente.

—¿Y fuiste?

—¡Tú veras! Por cierto que la tarde estaba algo fresca y pesqué una hemicrania de ir con el sombrerito en

la mano que aún me dura... Pero ¡qué no haría yo por ella!

—Bueno, sigue.

—Pues nada: pasó María en su coche más guapa que nunca, yo me llevé la mano a la frente—y me la encontré como una barra de hielo—ella me examinó con una mirada rápida de arriba a abajo, y volvió el morro al otro lado como si hubiese visto a su mayor acreedor.

—¡Conozco ese gesto!

—No quieras saber las horas que pasé hasta que volví a casa de Mercedes al otro día. «No la he gustado», me decía a mí mismo: «ahora me tira las quinientas pesetas a la cara.»

—Bueno, te las hubiera tirado con una figura retórica, porque...

—Ya, ya... Pero no ha habido lugar: acepta y espera que yo fije el día. Yo le conté a Mercedes lo de la mueca que hizo al verme, y me dijo: «Es la mejor señal; María, cuando una persona le agrada, le vuelve la cara y pone gesto de vinagre».

—Pues no te ha dicho más que la verdad... Cuando uno le gusta, parece que quiere alejarle con el gesto... Sin duda teme que alguno le guste demasiado.

—¿Tú crees?

—No es más que una conjetura.

Hubo una pausa preñada de decisiones. El tío y el sobrino habían llegado al final de la calle del Arenal y se habían detenido frente al Real. Habló primero el viejo:

--Bueno, y ¿qué piensas hacer?

—Lo que tú quieras: o me das las quinientas pesetas o me das diez duros nada más.

—Prefiero lo segundo.

—Con los diez duros me compraré una browning del último modelo y me pegaré un tiro... Sí, porque a mí la vida, sin esa mujer, me parece una fiambarrera vacía.

*
* *

Juanito Gorguera no se pegó el tiro: ni siquiera llegó a comprar el revólver.

Ocho días después de la conversación que hemos reproducido, nuestro amigo subía por la calle de Goya metido en una berlina de la Peña, a eso de las cinco de la tarde.

Era final de Octubre, y el otoño, esa edad madura del año, rimaba sus melancólicos estertores en las copas de los árboles y en los bolsillos de los transeuntes. ¡Oh el otoño! Yo lo tengo comparado a un traje de lana que se fuera pelando poco a poco, y al llegar el 30 de noviembre ya no conservase más que los forros; también las almas tienen su otoño, pero esto nos llevaría muy lejos, y no vamos más que aquí, al final de Goya, a la izquierda, donde tiene establecida su... *menagerie* esa reina de las Celestinas que se llama Mercedes *la Paella*.

La tarde es de una dulzura que produce diabetes: el sol está cayendo en estos momentos en el foso granate del otro hemisferio y parece que

la tierra toda llora la muerte diaria de su Rey-luz, que, en realidad, es un rey de oros. En el cruce de Claudio Coello llora un violín, martirizado por las manos de un mendigo, que, visto así de espaldas, tiene todo el tipo de Ontiveros.

Juanito va tan azorado como el invitado a un banquete que se hubiera dejado en casa la dentadura postiza. No es que a él le falten armas y municiones para el combate que va a reñir: de unas y otras tiene para poner un bazar, pero el trance es tan serio...

Desde luego es la primera vez que va a verse así, mano a mano, con una mejer de tal calibre. Sus aventuras, hasta entonces, no han pasado del límite que marcan veinticinco pesetas.

sabiamente administradas. Luego, él es hombre de conciencia, y eso de ir a gastar así en un minuto cien duros de su tío Sebastián le produce cierta vergonzosa perplejidad.

El día antes, el tío tuvo un rasgo:

—Mira, por mí, que no quede: ve esta noche por casa y te daré ese dinero.

Fué, y le puso en la mano seis billetes de cien pesetas.

—Toma, te doy veinte duros más para que convides a tu novia. Al entrar se los das a Mercedes y le dices guiñándole un ojo: «Que nos pasen dos botellas de Carabaña.» Es la consigna: os dará un champán que a ella le cuesta a ocho pesetas, pero que lo cobra a cincuenta botella; a las dos horas de haberlo bebido notarás en

el vientre así como un salto de agua, o como una navaja de seis muelles que se abre; pero no te preocupes porque supongo que tu coloquio con María no va a durar más de dos horas.

— Gracias, noble amigo, gracias; en el momento culminante te juro me acordaré de ti.

— ¡No, demonio! En ese momento no. Hazte cuenta que no existo.

El sobrino quiso besarle las manos.

Cuando aquella tarde llegó a casa de *la Paella*, chocóle desagradablemente lo que ésta le dijo al salir al recibimiento:

— Llega usted con retraso: hace un cuarto de hora que está ahí.

— ¿Quién? ¿María? Pero, ¿cómo es posible?

Miró el reloj: eran las cinco y cuarto, y la cita había sido de cinco y media a seis.

Dióle los veinte duros a la dueña de la casa, y dijo la frase de ritual: «Que nos pasen dos de Carabaña.»

Mercedes le condujo por un pasillo hasta una puerta de cristales pequeños: abrió ésta, y, adelantándose, dijo:

—Maria, aquí hay un caballero que quiere hablarla.

Y el caballero pasó.

No vió nada de la estancia más que a ella: ni muebles, ni adornos, ni nada: ella sola, llenándolo todo. Venía vestida de un modo más sencillo que en el paseo, como hembra que, para triunfar en cierto terreno, sabe que le sobra con su propia cara. Un

traje azul de levita, una gorrita de piel, y nada más.

Desconcertó un poco a Juanito la extremada sencillez y frialdad del recibimiento.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Y eso fué todo: él no dijo nada. Esperaba, sin duda, una entrada explosiva, con romanticismos fervorosos, de los que llevaba preparados unos cuantos, tales como:

—¡Estoy loco por usted!

—Desde que la ví por primera vez no he dormido más que de noche y con sulfonal.

—Ansiaba este momento como ansiaba el picador el toque de banderillas.

Pero no hubo lugar: el despegó de ella, como si fuera una persona a la

que se ve todos los días, le cortó el repertorio.

Quedaron en silencio. harto embarazoso, del que vino a sacarles Mercedes, que entró con la Carabaña. Eran dos enormes botellas panzudas de cuello dorado, y con unas etiquetas negras, en las que se leía, en letreros rojos: «Pommery-1632».

María, que debía conocer a fondo el programa, dijo, en tono más amable, al pollo:

—¡Por Dios! ¿Para qué se ha molestado?

La Paella le echó una mirada como diciéndole: «¡No me pierdas!» Y ella, complaciente, y haciéndose cargo de que en la guerra como en la guerra, aceptó una de las copas que la celestina había llenado, y que Jua-

nito le ofrecía con la mano un poco temblona.

—Yo no bebo nunca, pero no quiero que lo tome usted a desprecio.

Se mojó los labios y volvió a dejar la cicuta sobre el mármol del velador.

Mercedes salía ya, diciendo con la mejor de sus sonrisas:

—Ustedes tendrán que hablar.

Y cerró.

Iba a empezar el dúo. Pero no tema el lector que se le coloquemos a toda orquesta: nada de detalles, que ofenderían el pudor del lector, y aun el nuestro propio, que también lo tenemos, aunque algún comprador de *La Coquito* crea lo contrario.

Estas escenas son casi siempre iguales desde que el mundo es mun-

do, pero desde que se han inventado las camas bajas, son, no ya iguales, sino las mismas siempre. ¿A qué fatigar al lector contándole lo que ya le han contado tantas veces, y lo que él mismo habrá practicado más de una?

Sólo diremos, porque ello conviene a la continuación del relato, que el dúo de María y Juanito, si bien apasionado, y hasta con bríos, fué un poquito vulgar: comenzaron hablando de toros y teatros y acabaron dándose las gracias mutuamente. Para que el lector forme juicio exacto de ello, le diremos que las dos frases de más transcendencia y de mayor hondura psicológica que se pronunciaron en toda la tarde fueron éstas:

Juanito.—Por mi parte, hasta donde tú quieras.

María. -- Mejor será al revés.

Entre una y otra medió un cuarto de hora, y claro es que no guardaban relación alguna entre sí.

Al salir a la calle, Juanito estaba satisfecho. No se había engañado, y aquello no tenía más remedio que tener una continuación. ¿Cómo? No lo sabía. Lo mejor sería dejarlo a cargo de la Divina Providencia, protectora de las aves del bosque y de los candidatos del Gobierno.

Cuando María guardó en el bolso de mano los billetes que Mercedes le dió por cuenta de Juanito, hizo lo que no hacía nunca: contarlos y mirarlos. ¡No se creyera aquel mocoso que la cosa había sido por su linda cara! A él, tan bonito, como a los viejos y a los feos, el dinerito por de-

lante; en el oficio, era la única manera de triunfar y de ser fuerte.

Al subir al coche procuraba desecharlo con indignación un pensamiento que pugnaba por agarrarse a la mente: pensaba que era aquel *el cabrito* que mejor le había pagado desde que empezó su carrera; porque sospechaba que le había dado algo más, ¡mucho más! que aquellas pesetas que estrujaba en el bolso...

*
* *

Lector: tú estarás conforme conmigo en que esto del amor es muy complicado. A primera vista parece cosa llana: un hombre y una mujer, un paraje apartado, dos miradas que se cruzan, dos bocas que se juntan, y...

a los nueve meses un mueble más en la casa: la cuna.

Pero no, no; hay algo más, y no valen escepticismos. Que se lo preguntasen a María Infantes en esta tarde gris de Noviembre, en que la lluvia la había recluso en casa y la obligaba a matar las horas haciendo punto inglés junto a uno de los balcones.

Tenía morriña, y la cosa no era de hoy, en que el tiempo gris y pegajoso podría haberla disculpado. Ayer hizo un sol radiante, y había tenido tanta morriña como hoy, y había renunciado al paseo porque... ¡Le daba una rabia atroz confesarse a sí misma el por qué!

Estaba desde la tarde de la entrevista con Juanito como si la hubiera hecho daño algo; el champán-caraba-

ña no sería, porque apenas lo probó; Juanito mismo sólo había bebido un dedo, y, para que no se desperdiciase, al final, después de la batalla, lo había empleado para lavarse las manos con ayuda de una pastilla de jabón.

María tenía una rabia muy grande consigo misma; ella, la mujer fuerte y desdeñosa no era más que una cursi que tenía grabada en la mente la imagen de aquel muchacho tímido, encogido—espiritualmente nada más—y de una vulgaridad aterradora.

¡Tendría gracia que aquel mocoso viniese a plantarse en medio de su camino como esos postes que nos obligan a cambiar de ruta cuando menos lo pensamos!

Lo que la indignaba, lo que la

enardecía, era que Juanito no había vuelto a acercarse a ella en los veinte días largos que iban transcurridos desde su entrevista en casa de Mercedes. Solamente lo había visto de lejos, en el paseo alguna tarde, mirándola con ojos acarnerados como se mira un billete de a mil en el escaparate de una casa de cambio, como se contempla siempre un ideal inasequible.

Para ella no había duda: el chico, saciado el capricho físico, se olvidaba de la hembra al pasar hacia la calle el portal de la casa; y reconocía que había estado torpe al ceder tan pronto por cien cochinos duros, aunque ahora ya iba viendo—¡demasiado tarde!—que no habían sido sólo los duros los que la obligaron a ceder.

Una noche se encontró con Mercedes *la Paella* en un teatro; charlaron como dos buenas amigas, y María, hábilmente, procuró llevar la conversación a su terreno:

—Oye, Mercedes, ¿has vuelto a saber algo de aquel chico...?

—¿De Juanito?

—Sí.

—La otra tarde estuvo en casa.

—¿De veras?... ¿Qué quería?

—¡Nada! Charlar conmigo nada más. Me preguntó por tí.

—¡Ah! ¿Si...?—intentó un mohín de indiferencia que le resultó esa mueca que hacemos todos cuando tomamos el aceite de ricino.

Mercedes no era tonta y quiso hacerle un favor a su amiga.

— Pero ¡chical Si ahora resulta que

no tiene una peseta... El dinero del otro día se lo tuvo que pedir a su tío Sebastián... ¿no te acuerdas? El de Rosita *la Brioche*...

—Sí, mujer, sí.

—No te conviene ese muchacho de ninguna manera.

—¡No sé por qué me dices eso! Nadie ha pensado en él para nada.

—No, si tuviera fuerzas como tiene voluntad... ¿Sabes lo que me dijo?

—¿Qué?

—Que si él fuera millonario la reina de Madrid eras tú: dice que está loco por tí y que si pudiera...

—Faltaba que yo quisiera. Todos los que no tienen un cuarto dicen lo mismo. ¡Qué hombres! ¡Cómo se repiten!

Se alejó de la amiga un poco brus-

camente. Tenía más rabia que nunca. ¡Qué asco de hombres y de mujeres! Qué inmenso favor haría a la humanidad quien inventase algo, una medicina, una operación, que nos volviera indiferentes para el sexo contrario y que hiciese que pasáramos por al lado de un hombre—o viceversa—con la misma frialdad con que pasamos junto a un kiosco de necesidad cuando... no necesitamos nada.

Lógicamente no podía explicarse lo que le sucedía. ¿Qué habría encontrado ella en Juanito para que así le preocupase día y noche? ¿Guapo? No era feo, pero más guapos que él los había ella tenido entre sus brazos y habían pasado por ellos como el sol por el cristal. ¿Simpático? No era un ogro ni un tío esquinado, pero cual-

quiera, su mismo tío Sebastián, metido en harina, era más dicharachero que el sobrino, y solía, con su experiencia de viejo mundano, decir a las mujeres cosas mucho más agradables.

¡Y, sin embargo!... Este *sin embargo* era todo un poema. La vida se le iba haciendo día por día más insoporable. Lo que la encoraginaba, lo que la volvía loca, era el no poder gritarle al muchacho la verdad de lo que la pasaba: para hacerlo, para declararse a él, tenía que descender mucho en la escala de su dignidad y de su amor propio.

A estas mujeres de amor, cuando les ocurre alguna contrariedad de esta índole, suelen, casi siempre, pensar en la iglesia. A pocos pasos de la casa de María, había un templo ane-

jo a un convento de monjitas que daba nombre al barrio: la muchacha se refugiaba en él todas las mañanas a primera hora, cuando menos gente había.

En una de ellas, en punto de las nueve, salía del templo y, por la acera de enfrente, vió cruzar a Gorguera; el muchacho no tenía cara de madrugador, sino de trasnochador: llevaba en la cara ese color de marfil viejo del que ha pasado en claro toda la noche.

Cruzó rápida la calle y se hizo la encontradiza:

—¡Maria!

—¡Caramba! Creí que no estaba usted en Madrid.

—¿Por qué?

—Hombre, usted verá... Por lo vis-

to no *quedaste* aquella tarde con ganas de repetir.

—Ganas no faltan, pero...

—¿Pero qué?

—Yo no puedo permitirme ciertos lujos más que una vez al año.

Se puso seria, se irguió:

—¡Eso es una impertinencia!

El pollo no tuvo alientos para contestar: lo inesperado del calificativo le dejó mudo.

—Yo no te he pedido nada, y no has debido decirme lo que me has dicho.

Creyóse en el caso de decir algo:

—¡Perdóname! Te juro que si hubiera sabido...

El tono era tan de bebé, que se conmovió:

—Eres un chiquillo, y no debe to-

marse muy en cuenta lo que dices. Pero has de saber, para en adelante, que yo soy muy buena amiga de mis amigos, y que a Maria Infantes no se la compra como se compra un mueble.

A Juanito le gustaba el sesgo que iba tomando la conversación.

—Eso quiere decir...

—Que cuando quieras verme no tienes más que escribirme por la mañana, y, por la tarde, ya sabes... en casa de Mercedes.

—¿Irás?

—Pero ¡qué estúpido eres!

—Pues entonces...

—¿Qué?

—Que me parece que te voy a escribir hoy mismo.

—Puedes ahorrarte la carta.

—¿A qué hora?

—Tú dirás.

—Las cinco.

—¡Magnífica!

—Bueno, y ahora me voy, porque estamos muy cerca de casa y no quiero que nos vean.

Reaparecía en seguida la gran señora, después de haber aparecido por unos instantes la chula encelada.

Se separaron con un apretón de manos. Rápidamente, en unos segundos, como la mutación de un teatro cuando los tramoyistas no se ponen pesados, todo había cambiado de tono y de color para María. El mundo ya no era un asco, sino un vergel: el color de rosa sustituía al negro calamar.

*
* *

—¡Canalla!

—¡Golfa!

—¡Maldito sea el día en que te conocí!

—¿Por qué no me quedaría yo cojo de todas mis piernas antes de ir en tu busca la primera vez?

—¡Qué lástima! Sí, que tú has perdido mucho... Había que verte antes: un trapito atrás y otro alante, y las manitas para limpiarse.

—Pero por lo menos era una persona decente.

—Y yo, por lo menos, estaba muy tranquila en mi casa y sin que nadie me jorobase.

—Lo que es eso...

—¡Cállate, so chulo!

—¡Verdulera!

Este diálogo, que a Platón se le olvidó incluir entre los suyos, tenía

lugar en aquella alcoba de María Infantes que el lector conoció al principio de este relato, y donde ya era hora que volviéramos a entrar. La joven y el muchacho eran *novios* desde hacía doce días; esto de *novios* era el vocablo que ella empleaba siempre por llamar de alguna manera a aquel lio.

Lector, hemos llegado en mala ocasión: la bronca que acaba de estallar entre los dos amantes es de las que necesitan un cronista. Es la primera, pues la luna de miel ha durado—¡caso insolitísimo!—los doce días antes citados.

La piel de oso yace por el suelo, y, sobre la pureza de su blancura, destacan tres o cuatro horquillas de las que María usa para sujetarse el

oro de sus cabellos: las manchitas negras parecen el rastro que deja un ganado al pasar por una campiña nevada.—¡El simil es de los de discursos de juegos florales!

Junto al lecho hay unos tuestos esparcidos: son, o eran, la botellita de porcelana que la joven tenía en la mesa de noche de la izquierda; antes de hacerse añicos contra el pavimento, ha corrido los aires como un meteoro y ha pasado, impulsada por Juanito, a un dedo escaso de las narices de su amada.

El rostro de ésta—nácar y trigo—es ahora algo más—nácar, trigo y amapola—; en la mejilla izquierda se ve un círculo rojo, que, por instantes, se va tornando lívido. Si sometiéramos a esa amapola al análisis

dactilar veríamos en ella la impresión digital de la mano derecha de Juanito: total, una bofetada.

María, mientras ruge, llora: no se sabe si de dolor, de rabia... o de pena, pero el caso es que llora. El galán, más práctico, corrige ante un espejo los desperfectos del traje y la figura—la corbata deshecha, un botón que pende, como ahorcado, de una cuerda, el tupé caído por los ojos—procurando borrar huellas; medita marcharse a la calle, pues sabe que la fuga es la mejor arma de combate en ciertas reyertas.

La cosa ha sido por una futesa: en el paseo, ella en su coche y él en el suyo, y al cruzarse una de las veces, ocurrió algo imprevisto: el muchacho, al pasar María, no la vió, ni

¿cómo iba a verla, si en aquel instante estaba muy preocupado en charlar con *la Brioche*, cuyo carruaje caminaba a su par en la doble fila del paseo?

La que sí lo vió todo fué María. Era el primer desengaño: ¡claro! aquel hombre sería como todos, un sinvergüenza. Y le escocía, la arañaba el alma como si se la rascasen con un sacacorchos, eso precisamente: que fuera como los demás un hombre al que ella había tratado como a ninguno.

El amor propio, la vanidad que duerme en el corazón de toda mujer, aun de la más humilde trapera, no necesitaba más para convertir en una furia a Mariquita. Ellas, a esto de la vanidad le llaman a veces

amor, pasión, celos, y lo curioso es que hay hombres tan bolonios que, creyéndolo así, se sienten muy orgullosos de ser ellos la causa de esas explosiones; esos hombres, tirando de un arado, aún puede que ocupasen un puesto muy superior a sus merecimientos.

La joven dió orden al cochero de volver a casa, y allí esperó con las tripas en la mano; después del paseo vendría Juanito, como siempre, pues ella había sabido reservar aquellas dos horas de la tarde del asedio de sus adoradores, para consagrarlas al chulo.

Y Juanito llegó hoy como siempre.

—¡Creí que no vendrías...!—fué lo primero que le tiró a la cara al entrar.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque no te dejarían.

Quedó anonadado. ¡Lo que menos esperaba él era aquel recibimiento! Precisamente hoy venía de mejor humor que nunca, y con pronunciadas ganas de refocilarse.

—¿Quién no me iba a dejar?

María contestó con una sola palabra:

—¡Canalla!

Fué la orden general de ataque. El Sumo Hacedor ha dado a la mujer un arma ofensivo-defensiva de primer orden: la lengua. El hombre se defiende con las manos, a coces, o empleando también las piernas, pero para echar a correr; las mujeres y los oradores se defienden y atacan con la lengua.

El que no lo haya oído no puede tener idea de las miserias que es capaz de verter por la boca la mujer más ecuánime y educada, cuando pierde el poco juicio que tiene. Es como una baba, como un veneno que va destilando poco a poco este adorable reptil con faldas y sombrero de sesenta duros, que hemos dado en llamar nuestra compañera.

Desde chulo para abajo, y desde invertido para arriba no quedó... epitalamio que María no aplicase a su amor, cual si fueran sanguijuelas. El muchacho, al principio, callaba, pero bien pronto comprendió que una batalla de flores, para que sea verdadera batalla, exige que los disparos vengan de ambos combatientes.

—¡Golfá!

—¡Vampiresa!

—¡Cursi!

—*¡Eso...* de dos pesetas!

—¡Hija de la Gran Bretaña!—aludiendo, sin duda, al rubio de su pelo.

—¡Pupila del Botánico!

Acaso en la lista anterior no estén incluidos todos los dicterios y salacidades—¿no es así maestro Parmeno?—que rodaron por la estancia antes de que rodasen los tiestos.

Porque muy pronto las palabras fueron poca cosa, y hubo que apelar a las obras: María se fué a él y lo trincó por las solapas; el muchacho, al que no le hacía gracia morir tan joven, pudo atrapar con la boca uno de los brazos de ella y clavó los

dientes con rabia en las carnes ebúrneas; ella dió un chillido, y el joven, al soltar su presa, paladeaba el sabor de la carne humana, como cualquier negro pamú.

La batalla llegó a su período álgido: muy pronto los dos rodaron por el suelo, y María, no por más fuerte, sino por más ágil, pudo tenerlo un instante a su arbitrio. Sujetándole los brazos con el peso del cuerpo cogióle el tupé y se puso a tirar de él como si quisiera extirpárselo. Ahora el que chillaba era Juanito, como una gallina acorralada, y, sirviendo de contrapunto a esos chillidos, se oía, sorda y apagada, la voz de la amante, que, como un sonete, repetía:

—¡Canalla! ¡Canalla! ¡Canalla!...

Se acabó todo, porque se habían acabado las fuerzas de los dos. Ella, la fiera, rompiendo a llorar francamente, fué a echarse en una silla: él quedó tumbado en el suelo, no por nada, sino porque así estaba más cómodo.

Pasados unos minutos, Juanito se levantó para marcharse. Ella le salió al encuentro, ya vencida, entregada; aún conservaba el ceño adusto, pero a las claras se veía que la tormenta había pasado.

—¿Dónde vas?

—A la calle.

—No, no te vayas...

El tono en que lo dijo, la vendió. Se agarró a su cuello, pero ahora no para ahogarlo, sino para comérselo... en el buen sentido de la palabra:

El, instintivamente, al verla rendida, vió llegado el caso de sacar el látigo.

—¡Déjame!

—No, no te vayas...

—Sí, me voy; y para siempre. No me gusta tratar con verduleras.

—¡Perdóname! Pero es que... de pensar nada más que otra pueda gustarte...

—Bueno, bueno; menos conversación, y déjame.

Lo decía, pero sin ganas de que lo dejase.

Vino el silencio, volvió el llanto de ella más fuerte que nunca, empezó él, en su divino papel a consolarla, y.....

.....

El lector nos consentirá que pon-

gamos esos puntos suspensivos; hemos quedado en que no hay que faltar al pudor, pues parece ser que esto del pudor es una cosa muy seria.

*
* *

Cuando don Sebastián se enteró de *lo del coche*, sufrió un ataque de indignación: los pocos pelos que, a manera de florecillas de azafrán, le quedaban en lo alto de la testa, se alzaron amenazadores al cielo, como pidiendo venganza.

Por lo visto, su sobrino había cedido en traspaso a un amigo la poca vergüenza que le quedaba. Parecía mentira que aquel muchacho llevase en las venas su misma sangre; él, ¡va-

mos! antes que hacer una cosa así, hubiera sido capaz de cortarse el pelo al rape con una guadaña.

Porque *lo del coche*, que era la comidilla y el escándalo —y la envidia!— de todo Madrid, consistía nada más que en lo siguiente: María Infantes, porque sí, porque la daba la gana, porque ella era el ama de su dinero, le había puesto coche a Juanito Gorguera, en un arranque de hembra castiza. El carruaje era una insignificancia: una victoria nueva, charolada, reluciente, la más bonita que había salido de los talleres de Labourdette, y con un caballo tordo que parecía uno de esos de pasta, que se ven en los escaparates de las confiterías, con el buche lleno de anises.

Para que todo fuera completo, hasta el cochero era una preciosidad: un mocetón rubio, con el pelo naturalmente rizado—¡naturalmente!—y que hubiera hecho las delicias de cualquier jamona, de las que se cruzaban con él en el Retiro o en la Castellana.

María que, puesta a hacer las cosas bien, era de las que se derraman en el plato, había tenido el rasgo cleopatresco de hacer que el coche de *su novio*—ella seguía llamándole siempre así—fuese mejor que el suyo propio: como que éste le costaba setecientas pesetas al mes, y el de Juanito subía a las mil.

Tío Sebastián, al saber todos estos detalles, estaba a punto de ahogarse de rabia y de indignación; lle-

vaba unos días gastándose en cosmético un capital que no tenía, para evitar que las cuatro florecillas de azafrán de su testa se empinasen tanto hacia el cielo que llegasen a agujerearle el sombrero. El de copa se usaba ya poco por entonces.

Cuando quería sermonear seriamente a Juanito, procuraba llevarse-lo por calles apartadas de los barrios bajos, para evitar que el ruido y el bullicio del centro distrajesen su ánimo de la tesis del sermón. En esta tarde, y aprovechando las últimas horas de sol, fuese con él hacia la calle de Segovia y, al llegar a la iglesia de San Pedro, metiéronse ambos por el ovido de callejuelas que acaban en Puerta Cerrada.

—¡Válgame Dios, hijo mío!—le

iba diciendo—nunca creí que acabaras en lo que has acabado; no será porque no te lo advertí cuando me pediste los cien duros. ¿Recuerdas lo que entonces te dije?

—A punto fijo no, pero seguramente sería algo muy acertado.

—No lo digas con ironía. Te dije: «Mira hijo mio, que en la puerta de la casa de ciertas mujeres siempre se deja uno algo: si llevas dinero, te dejas el dinero; si no lo llevas, te dejas la dignidad».

—Hay una solución.

—¿Cuál?

—No llevar tampoco la dignidad.

—No digas eso, hombre, no digas eso. Esas cosas se las oyes decir en la Peña a Maturana, a Paco Mejillas y a cuatro petardistas por el estilo,

que todos sabemos de lo que viven. Tú, por mucho que quieras, no podrás ser nunca como ellos; auuque a ratos no lo parezcas, eres una persona decente.

—Pero es que tú no cuentas con una cosa.

—¿Qué cosa?

—Con que yo quiero a esa mujer, y, como no puedo conseguirla por el camino recto, que es el del dinero, tengo que echar por el atajo y...

—¡Si eso fuera verdad!... ¡Quererla!... Conozco esa canción. El amor ciego, a prueba de bajezas y de indignidades... Como frase para final de acto no es de las peores, mas fijate en una cosa que nunca falla: es maravilloso que vosotros, los chulos— y perdona que, aunque sea provisio-

nalmente, te incluya en el catálogo—, siempre que os volvéis locos por una mujer, es por una de esas que vosotros llamáis de postín. Diariamente pasan a vuestro lado muchachas muy guapas, modestas, que trabajan para comer, o que no comen porque no saben trabajar, y ni siquiera os volvéis para mirarlas; pero os cruzáis un día con una que va en coche y lleva joyas que valen miles de duros, que es solicitada, asediada, y ¡cataplum! el flechazo y loquitos por ellas.

—Hay de todo: ahí tienes a Ignacio Malaver, que se ha enchulado con una florista, y se han ido los dos a vivir a los desmontes del cerrillo de San Blas.

—Porque Ignacio ya no puede pasar por las calles de Madrid ni en

motocicleta: no le dejarían circular los acreedores.

--¡Lo que tú quieras!

—Si es la verdad... Eso tuyo de ahora, lo del coche, eso no lo acepta nadie que tenga vergüenza; yo no sé cómo al pasear en él no se te cae la cara al suelo. Y lo que más me duele de todo esto es que he sido yo ¡yo solito! el que ha tenido la culpa. Si yo no te hubiese facilitado el dinero para que te vieses la primera vez con esa mujer...

—Ya te he dicho mil veces que cuando quieras te lo devuelvo: ahora tengo dinero de sobra...

—No me insultes, Juanito, no me insultes. Ese dinero que tú tienes ahora, como sé de dónde sale, yo no puedo tomarlo. Se me abrasaría la mano.

Al muchacho, que iba encontrando ya un poco cargante todo aquello, le había fallado por esta vez el remedio heroico: no se veía una pastelería en cien leguas a la redonda. Exasperado, no pudo contenerse.

—¿Sabes lo que te digo?... Que me parece que exageras demasiado, y que hay muchos modos de vivir a costa de las mujeres.

—El viejo palideció:

—¿Qué quieres decir?

—Que el que se casa con una mujer rica sin quererla, es tan chulo como yo, con la agravante de que, gracias a las bendiciones, se pega a ella como una lapa toda su vida; María, el día que se canse de mí, puede ponerme de patitas en la calle.

—Y te pondrá, ya lo verás.

—Y ¿qué me dices del caso de Fernández Tejeringo? Tiene una mujer que es la más bonita de Madrid: ella es honrada, me consta, pero el marido, con gran habilidad, hace creer a ciertas gentes que no lo es, y así ha llegado a subsecretario, a consejero de no sé cuántas compañías y llegará a Ministro. Luego cuando el protector se presenta a recoger en carne el pago de su protección, se encuentra con que no hay de qué, con que lo han timado, pero ¡claro! ya no puede volverse atrás, y guarda para los demás el secreto por no quedar en ridículo.

—No está mal tramado eso.

—Y, sin embargo, ya lo ves: para todo el mundo, son dos personas decentes. En cambio, uno, porque se

acerca a una mujer que le gusta, y tiene la suerte de que esta mujer...

—Pero, Juanito de mi alma, si lo más triste del caso, de vuestro caso, es que vosotros, los chulos, no vivís de las mujeres, sino de los hombres.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. ¿De dónde saca María el dinero que te da a tí? Del bolsillo de sus adoradores; sobre esto creo que no cabe duda. Luego son ellos los que, sin saberlo—o muchos a sabiendas—te mantienen y... te pagan el coche. María no es más que... el agente de bolsa que hace la operación.

—Bueno, bueno, ¿sabes lo que te digo?

—Veamos...

—Que las cosas ya no tienen re-

medio, y que yo estoy muy bien como estoy.

—¡Juanito! No voy a tener más remedio que decírtelo; eres más chulo que un ocho.

—¿Que un ocho?

—A ver...

—Y ¿por qué has escogido ese número?

—No hay otro de postura más chula: siempre con los brazos en jarras, por arriba y por abajo.

—¡Ah, ya!...

Juanito miró el reloj con impaciencia.

—Mira, no voy a tener más remedio que dejarte: es mi hora y voy a volverme al centro en tranvía. Si no aparezco por la Castellana, buena se pone luego María...

—¡Te acompañaré! ¿Dónde te espera el coche?

—En la Peña.

—Y... ¿vas a pasearte en él como todas las tardes?

—¡Tú dirás!

—De manera que ¿ese es el fruto de mis predicaciones?

—¡Bah! Todo eso son teorías.

*
* *

María veía que aquello se acababa: tenía un año de fecha nada más, pero se acababa.

Por su parte, la hoguera había ido aumentando con el tiempo; pero por la de él... Llevaba unos días preocupado, mohino, y eso—lo adivinaba ella—no era más que el sig-

no precursor del hastío, el principio del fin.

La muchacha tenía ese remordimiento del que lo ha jugado todo a una carta, y todo lo ha perdido. Y en plena juventud, en plena apoteosis de su belleza y de su triunfo, cuando más asediada se veía por la legión de cabritos que van siempre tras la mujer de moda, se iba a ver abandonada por el único hombre a quien había querido en su vida, que iba a deshojarse como una flor.

Fué una torpeza, ahora lo veía bien claro, una insigne torpeza de la que nunca se arrepentiría bastante: aquellos dos meses de abstinencia carnal que siguieron a su regreso de París, eran los que tenían la culpa de todo. Después de ellos, fué Juanito

el primer hombre que se le acercó; otro cualquiera habría sido lo mismo: su cuerpo, con una segunda virginidad, acogió las caricias del muchacho y quedó preso en ellas para siempre.

Era algo físico, fisiológico mejor, ya que todas las grandes pasiones que ilustran la historia de la Humanidad no son casi siempre más que el efecto de un desarreglo de la fisiología. La envidia no es más que trastornos del hígado, y esto lo saben muy bien los socios del Ateneo. Los celos de la mujer no son más que un adelanto de la menstruación... Los del hombre puede que sean neuralgias frontales mal curadas.

Juanito estaba en un periodo de crisis. Tenía el presentimiento, la

evidencia profética, de que aquello de María no podía durar; era una vida demasiado cómoda para que fuese eterna. Además tenía un miedo grande que, por otra parte, tío Sebastián se encargaba de aumentar: la muchacha llegaría a cansarse de él, lo pondría en la calle, y él, el niño bonito de Madrid, se encontraría, de la noche a la mañana, sin una peseta, y justo era lo gordol, acostumbrado a la espléndida vida de bulldog doméstico que desde hace un año llevaba.

Con la fortuna del padre no había que contar; era escasa, y además el viejo Gorguera la administraba con una sordidez harpagónica. Juanito era egoísta, como lo somos todos los humanos, a ciertas horas del día. El cariño a María—¿existió alguna vez?

—se le había acabado, y ya sólo sentía piedad y gratitud hacia ella. La gratitud y la piedad son dos virtudes que pocas veces llevan al sacrificio. ¿No podría él explotar su condición de niño de moda en Madrid, y dar un golpe que le asegurase la vida principesca que llevaba de un modo vitalicio?

Porque la vidita era como para abonarse a ella a todos los turnos. Lo de menos era el coche, pero ¿y la de mujeres candongas que pasaban por sus brazos sin que María se enterase y con el dinero que ella misma le facilitaba?... ¡*La Briochel*! Eso no era más que el capricho de un atardecer de otoño. No había en Madrid mujer de las de postín, guapa o fea, que no conociese el sabor del

dinero de María Infantes, a través de Juanito.

Tío Sebastián apretaba más que un dolor:

—Acabarás mal, hijo mío, acabarás mal. El otro día me encontré a María en la calle de Serrano: me dijo que el día en que ella supiera de un modo cierto que tú te entendías con otra mujer, a tí y a ella os ponía los sesos al relente. Y esa lo hace; la conozco mucho antes que tú.

Aún no se la daba, pero el muchacho comprendía que el hermano de su padre tenía razón.

Y el caso era que... desde hacía tiempo, en el teatro, en el paseo, doquiera que se tropezaban, Pirula Tomillares ¡le miraba de un modo! Aquello no podía ser más que amor

o una imitación de él bastante perfecta.

La chica era, en todos sentidos, una minita: guapa, lo era más que una virgen de Fra Angélico, y, además, hija única de un padre que, aunque no era un Boticelli precisamente, tenía cincuenta o sesenta millones de pesetas para empezar a gastar.

De la fortuna de don Eladio Tomillares se contaban cosas feroces; tenía en Madrid tantas casas que si, en un momento dado, todos sus inquilinos hubiesen formado un orfeón y se hubiesen puesto a cantar en las Vistillas, las voces se hubieran oído en Palma de Mallorca. Los billetes de Banco los guardaba en bodegas construidas en los sótanos de su pala-

cio de la calle de Velázquez, y, para cortar el cupón cada trimestre, había-se hecho construir una guillotina gigantesca, que se ponía en movimiento con un salto de agua de mil caballos.

Pirula era hija única, y además— ¡qué pena!—estaba heredada de su madre, una pobre señora que había muerto hacía cinco años, sin haber probado los calamares, porque decía que eran un alimento caro para ella, dejando un capital de quince o veinte millones.

La chicha tenía fama en Madrid de desdeñosa, y se contaba que ningún hombre podía gloriarse de haberse tropezado con los ojos de ella, pues no miraba a nadie jamás. Y Juanito llevaba ya una temporada recibiendo

el homenaje de unas miradas lánguidas de cordera, unas miradas que parecían paseársele por todo el rostro como el haz luminoso de un reflector que explora en plena noche la costa enemiga.

Se la presentaron una noche en el Real, en el palco de la Condesa del Cerro del Pimiento, y el muchacho, a los tres días le declaró su amor. Este amor, según él mismo dijo, tenía larga fecha, y, por lo impetuoso, parecía uno de esos chorros de agua de las mangas de riego municipales que arrastran cuanto se opone a su paso, aunque sea un señor gordo y ponderativo.

La muchacha que, aunque guapa, era inteligente, no dijo que sí a las primeras de cambio, y, comprendien-

do que hubiera sido necio ignorar lo que sabía todo Madrid, paró un poco los pies a su cortejo.

—Pero... ¿a usted le dejan que se enamore?

—No entiendo la pregunta.

—Vamos, ¿que si... la que usted sabe, no le prohíbe que...?

—En primer lugar, que en cuestiones del cariño nadie tiene fuerzas bastantes para prohibir ni para autorizar; y, además, que yo no tengo quien me mande.

—Yo creí que...

—Esas son hablillas de la gente, que una persona inteligente como usted no debe recoger.

—Es que, la verdad, tenía cierto miedo. Pero si usted me asegura que no hay nada...

La partida estaba ganada. La muchachita honrada se sentía orgullosa —aparte lo que Juanito le agradase— de quitarle el novio a una profesional, maestra de maestras, y dotada además por la Naturaleza de todas las armas de la seducción.

Juanito Gorguera tenía bien probado que no era hombre capaz de dejar de comprar rábanos, al precio que fuese, cuando se los pasaban por su lado: éstos de ahora eran tiernos, jugosos, y, además, valían unos millones. A los tres días eran novios formales, y a los dos meses—con cierto sigilo—Gorguera padre pedía al señor de Tomillares la mano de Pirula para su hijo. El tío de los millones no puso más que una condición: que Juanito rompiese públicamente, rui-

dosamente, sus relaciones con María Infantes. Para los millones que daba no pedía mucho: el corazón y la vida entera de una mujer.

La noticia de la petición de mano no la dieron los periódicos, pues el muchacho quería suavizar y retardar en lo posible el rompimiento con su amante, ya que no sería aquél el único rompimiento en que tendría que intervenir por aquellos días.

A tío Sebastián tampoco le había dicho nada aún: para el viejo la noticia sería un alegrón, y el sobrino saboreaba de antemano el placer de la escena.

Una tarde, sentados los dos en la puerta del círculo, el viejo comenzó su sermón de costumbre.

—Veo que ya no tienes remedio:

estás perdido, irremisiblemente perdido. Yo creo que esa mujer te ha dado algo, uno de esos bebedizos que frabrican las sibilas de la calle de Calatrava con alcohol de alpargatas y bofes de gato sordo mudo, y que sirven para conservar los amantes cuando no los mandan de un golpe al otro barrio.

—No creas en bebedizos, Sebastián: la prueba de que a mí no me lo han dado es que, poco a poco, voy entrando en el buen camino.

—Ya, ya lo veo.

--Te voy dando la razón en todo lo que me vienes diciendo hace tiempo. Es verdad: yo no soy un chulo, soy una persona decente. No quiero vivir más a costa de las mujeres, y... ¡me caso!

Don Sebastián tenía el sombrero puesto, y un observador hubiera podido ver cómo el cubrecabezas subía y bajaba alternativamente en movimientos peristálticos, como el de esos actores cómicos que hacen chistes con la frente. Eran los cuatro pelos azafranados de la chola que se elevaban al cielo a impulsos de la sorpresa.

—¿Has dicho... que te casas?

—Sí, eso he dicho.

—Y... ¿con quién?

—Con la hija de Tomillares. Por ahora diez millones de renta; cuando el padre muera ¡el caos!

El sombrero del anciano salió despedido hasta los balcones del piso entresuelo.

—¡Pero... ¿y María?

—¡Ah! Esa será la víctima. En todos estos actos caballerosos de los hombres, en todas estas vueltas al sendero de la honradez y de la dignidad, hay siempre una víctima. Es doloroso y necesario.

—¿Lo sabe ella?

—Aún no: pero tendrá que saberlo.

Hubo una pausa: esa pausa angustiada que precede y sigue al crimen y que está preñada de coágulos sangrientos. Ahora el crimen, el que iba a cometerlo era el tío Sebastián.

—Oye, Juanito, estoy pensando una cosa.

—Tú dirás.

—Si eso de tu boda cuaja...

—Dalo por cuajado.

—...Digo que tú necesitarás un ad-

ministrador. El dinero en tus manos se esfumaría. Cuenta conmigo para todo... Por cuestión de sueldo no reñiremos; así como así, el padre de tu mujer dará dinero para todo.

*
* *

Y un día llegó el anónimo, el con- sabido anónimo, que nunca falta en estos casos.

María acababa de salir del tocador, más bonita que nunca, con sus cabellos de oro más brillantes, y más alegre también que de ordinario, pues esperaba a Juanito para almorzar y pensaba pasar junto a él toda la tarde.

La doncella le entregó una carta: el sobre venía escrito a máquina, y den-

tro, con igual escritura, no decía más que lo siguiente:

«Te llegó tu hora, mala perra. Juanito se casa con la hija de Tomillares: la novia ya está pedida. La chica es más guapa que tú, tiene más dinero que tú y, además, no es una golfa como tú. Yo creo que, para consolarte, debes volver a casa de la *Malagueña*, donde empezaste tu vida deshaciendo camas por cinco pesetas.»

Esto último era mentira, pero nadie se toma la molestia de escribir un anónimo para no decir en él más que verdades.

La muchacha lo leyó dos veces, como si quisiera convencerse de que allí decía lo que ella había leído. Y en seguida pensó lo que hemos pensado todos al recibir un anónimo:

¿quién habrá escrito esto? Porque de esos papeluchos dañan por igual dos cosas: lo que en ellos se nos dice, que nunca es una noticia agradable, y el pensar que hay gentes capaces de haber gozado escribiendo aquello.

Al recibir un anónimo nos encontramos de pronto en uno de esos raros momentos de lucidez en que, como si se hubiera descorrido el telón que la tapaba, vemos la vida tal y como es; es decir, que salimos a diario a la calle, tratamos a las gentes, creyendo que vivimos entre hombres domesticados, y luego resulta que entre esos hombres hay algunos que, en cuanto se les asegura la impunidad, son lobos más dañinos que los de la montaña.

Como un sino fatal que pesaba so-

bre la clase, María veía cumplirse en ella el trágico programa de todas: estas mujeres que trataban a los hombres como a pajarracos más o menos molestos, apartaban de pronto uno de entre todos, le daban todo lo que ellas podían dar, les hacían conocer la realidad de un cariño del que los otros no conocían más que la simulación, y cuando ya lo habían dado todo y la vida se les escapaba por el pórtico que ellas mismas abrieron, el hombre volvía la espalda, se alejaba, y se casaba con la otra, con la honrada.

Era el caso de todas, y María comprendía ahora que había pedido demasiado al pedir a Dios que en ella no se cumpliera el destino.

Llamaban a la puerta, y segura-

mente era él. No tuvo tiempo ni para llorar; porque eso no, delante de él ni una lágrima, ni una queja: averiguar la verdad, que ya era bastante.

Deprisa, al notar que la doncella abría ya la puerta, escondió el pape-lucho, entre la servilleta destinada a su amante. Llegaba éste al comedor.

Venía más alegre que otras veces, como hombre que ha salido ya, gracias a una resolución firme, del tormento de una duda prolongada.

—¡Hola, hijita! ¿Qué haces?

—Pues mira... esperándote.

Se dieron el beso de costumbre, uno de esos ósculos rutinarios y fríos, que se parecen a los primeros besos de una pasión que estalla, como pueda parecerse el frac hecho por un sastre de portal al frac impeca-

ble del primer sastre de Picadilly.

Jamás, en su vida entera de fingimientos exigidos por el oficio, tuvo que esforzarse tanto María para disimular.

A petición de ella sentáronse a la mesa, pues deseaba acelerar el desenlace; Juanito, como si el mismo demonio lo inspirase, tenía ganas de charlar y, distraído, retrasaba el momento de abrir la servilleta.

Tuvo ella que decírselo al llegar al primer plato:

—¿No coges la servilleta?

Maquinalemente lo hizo, y el papelucho voló unos instantes indeciso, como maldición que no sabe sobre qué cabeza caer; al fin, planeando, vino a aterrizar sobre los pantalones de Juanito.

—¿Qué es esto?

Miró a su amante; se reía, pero el muchacho hubiera jurado que desde ~~que~~ la conocía no la había visto nunca reír así. Leyó aquello y se quedó como el que ve llegar a un acreedor, al que hace mucho tiempo que está esperando.

—¿Qué es esto? ¿Quién ha traído esto?

—¡Qué pregunta! El cartero.

—Pero esto es una infamia, una canallada.

—¿Lo que tú vas a hacer conmigo? Estamos conformes.

—¡Déjate de bromas!

—Pues mira si tendré yo ahora ganas de bromas...

Ya no reía. Estaba seria, muy seria, pero triste más que enfadada.

—Parece mentira que haya gentes capaces de escribir esto.

—Es que en el mundo, convéncete, hay gente para todo.

Hablaba a media voz, arrastrando con blandura las palabras, como persona a la que le van faltando las fuerzas poco a poco.

—¡Maria!

Ella le cogió una mano con suavidad, casi con ternura:

—Juan, por lo que más quieras en este mundo, que ya sé que no soy yo, por todo lo que yo he hecho por tí, vas a hacerme un favor: yo te juro que si me lo haces, no te molestaré para nada, no seré un obstáculo para ti, me marcharé donde tú me mandes...

—¡Calla, local

—No quiero más que un favor: que me digas la verdad. Eso que dicen ahí... ¿es cierto?

Ahora fué él el que se puso sombrío.

—Lo de la boda... puede serlo... sí que lo es... por lo menos, mi padre...

—Cállate, no quiero saber más.

—Pero esto otro, estas groserías de este papelucho, estas canalladas...

—¡Tonto! ¿Qué me importa a mí eso? La persona que lo ha escrito debe ser tonta, o debe conocerme mal; si quería molestarme, aplastarme, con darme la noticia bastaba; lo demás, en esta ocasión, no sirve para nada.

Callaron los dos. Ella hizo algo así como aparentar que comía; él, comprendiendo que el silencio era un pe-

ligro en aquel momento, habló:

—Cuando te serenes, cuando reflexiones, comprenderás que eso que ahora te parece tan grave, es apenas un accidente en tu vida. Yo tengo que casarme porque no hay otro remedio. Tú ya sabes cómo yo vivo, lo que tengo, lo que valgo. ¡Trabajar! Eso se dice muy pronto, pero ¿en qué trabajará un pollo insulso como yo, que hasta para hacerse el nudo de la corbata tiene que tomar fuerzas? Yo para ti no soy más que una carga, y... ¡no te enfades! un estorbo. Tus amigos, los de antes, te van huyendo poco a poco, porque les duele que el dinero que ellos te dan no sea para ti precisamente... Y no olvides que a ellos se lo debes todo: el bienestar, el lujo, la categoría. Yo no te he da-

do más que muchos malos ratos y algún golpe que otro.

También esto era lo de siempre, los argumentos de todos, los sofismas de todos: los hombres se repetían unos a otros hasta la monotonía. Acaso algunas de aquellas cosas eran razonables, y, por serlo, dolían más a la que, muda como una esfinge, las escuchaba. ¡Qué pocas cosas razonables se decían los dos en sus primeras entrevistas! Era el imperio de la locura, porque si en los diálogos de pasión se dijese cosas sensatas, ¿en qué se diferenciarían de una discusión de presupuestos?... Y eso que en éstas, a veces, ¡se dice cada insensatez!

—Después de todo—continuaba el joven —a ti, mujer que por vivir bien

has perdido lo que dicen que vosotras estimáis más, el pudor, no debe extrañarte que yo, por la misma causa, venda mi gratitud.

Esto ya era una grosería, y ella rugió más que dijo:

—¡Pero yo, al venderme, no engañé a nadie, como tú me has engañado a mí! Sí acaso, me engañé a mí misma.

—No te exaltes: la cosa te repito que no tiene la importancia que tú le quieres dar. Las mujeres os dais en seguida al romanticismo. Yo me casaré, sí, pero seguiremos como hasta ahora; yo vendré por aquí a diario, que Madrid es muy grande y el día tiene muchas horas. Tú seguirás siendo la misma para mí...

Le interrumpió un alarido, y una

voz sollozante que salió entre lágrimas:

—Pero tú para mí ¡no!

Hubo ataque de nervios, éter, carreras locas de la doncella que servía a la mesa y que acudió a socorrer a su señora. Hubo sillas por el suelo, maldiciones de Juanito, vasos que se volcaron, y... otra porción de cosas desagradables, que no te colocamos aquí, lector, porque hemos quedado en que la vida es un epitalamio y en que hay que pasarla lo mejor posible.

Los disgustos no sirven más que para que se enriquezcan los vendedores de tila y de antiespasmódicos.

*
* *

La boda se celebró a los tres meses.

aría Infantes se había marchado de Madrid veinte días antes. Nadie sabía dónde estaba; unos decían que en París, otros que en Barcelona, otros que en Buenos Aires. En su casa tenían orden de decir al que preguntase que nada sabían.

La última noche que pasó en Madrid no quiso pasarla sola; le daba miedo, y mandó llamar a Juanito. El muchacho acudió con cierto recelo, temiendo que María hiciese cualquier barbaridad, aunque llevaba ya unos días muy tranquila y como resignada.

En efecto, no pasó nada; comieron juntos los dos, hablando de cosas indiferentes, y después, sin duda para hacer la digestión, se metieron en la cama.

En aquella alcoba, que el lector ya conoce, transcurrieron las horas hasta el amanecer; María, a cada nuevo sacrificio en el ara del amor—¡qué manera más elegante de llamar a los revolcones!—prorrumpía en un llanto que le duraba su buena hora larga. Juanito procuraba consolarla con frases vacías, y por fin, cuando él día se insinuaba ya a través del estor del balcón, ella se quedó dormida.

El muchacho aprovechó la ocasión; echóse de la cama, vistióse de prisa poniéndose varias prendas del revés, y salió sigilosamente de la estancia y de la casa, como un ladrón que teme ser sorprendido.

.....

Ha pasado mucho tiempo; María ha regresado a Madrid.

Viene más guapa que nunca, pero con un rictus de tristeza que no se le quita ni cuando se ríe. A medida que los años pasan parece que el rictus se va acentuando más y más, como esos surcos de las tierras baldías, que poco a poco se van convirtiendo en simas.

*
* *

Al entrar una noche en la Peña, un criado entregó a Juanito una carta. Sin abrirla se fué a su tertulia, y con ella en la mano estuvo charlando un rato. Al fin rompió el sobre y leyó:

«Querido Sebastián: Te mando cuarenta duros de los setenta que me has pedido. No puede ser más, lo

cual que ya sabes que lo siento, pero los tiempos están muy malos. Ya sabes que otra vez ha sido otra cosa, y que siempre que yo he tenido una peseta ha sido para mi chulín Bastiánito. Que no *te se olvide venir a verme el día de mi santo. Tu esclava, Paquita Meruendano.*»

En efecto, acompañando a la carta venían dos pápiros de a cien. Miró el sobre: era para su tío Sebastián, y el criado, equivocadamente, se la había dado al sobrino.

Paquita, la firmante, era una piculina vieja, conocida de todo Madrid, y que, trabajando en lo suyo, había reunido muchísimo dinero. Juanito sabía que había sido, y era, muy amiga de Sebastián, pero nunca pudo sospechar que el buen viejo se dedi-

case a explotar el físico de aquel modo tan delicado. Ahora comprendía ciertos gastos excesivos que de vez en cuando veía hacer a su pariente, y que no estaban en proporción ni con su renta, ni con su sueldo de la Tabacalera.

¡Pobre tío Sebastián! ¡Pobre hormiguita vieja, que aún tenía fuerzas para llevar a casa el grano de trigo extraído del granero de una mujer! Por lo visto, aquello era de familia.

Había que hacer que la carta y los billetes llegasen a sus manos, y al mismo tiempo tenía que explicarle lo ocurrido: fué al escritorio, y cuando ya se disponía a escribir una carta aclarándolo todo, tuvo una idea repentina. La explicación ya se la daría de palabra; ahora le nitóse a encerrar la

carta y el dinero en otro sobre y a meter éste en uno más grande, en unión de una esquelita. Todo ello se lo envió con un botones a su casa.

En la esquila, y con su firma, no le decía más que lo siguiente:

«Querido Sebastián: Eres más chulo que un ocho».

OBRAS PUBLICADAS
POR LA
BIBLIOTECA HISPANIA

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

- Primera parte de la Historia del Perú*, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º 7'50
- Corona Mexicana.- Historia de los Motezumas*, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas 7'50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS
FAMILIAS

- Genoveva*, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º 3'00

La Leyenda Dorada, (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen 3'00

SECCIÓN GENERAL

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa 3'00

Como buitres..., por Manuel Linares Rivas 3'00

La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas 3'50

Obras completas, por Manuel Linares Rivas.—Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.*—Tomo II: *El abolengo, María Victoria, Lo posible.*—Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren...*, *En cuarto creciente.*—Tomo IV: *La divina palabra, Bodas de plata*, cada tomo 3'50

Tapices viejos, por Eduardo Marquina 3'50

Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno) 3'00

<i>Coplas</i> , por Luis de Tapia	2'50
<i>Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras</i> , por José Cascales Muñoz	4'00
<i>La Política de Capa y Espada</i> , por Eugenio Sellés	5'00
<i>La Negra</i> , por Pedro de Répide	1'00
<i>El horror de morir</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	1'00
<i>La Garra</i> (segunda edición), por Manuel Linares Rivas	3'00
<i>Barrio Latino</i> , por Federico García Sanchiz	3'00
<i>La espuma del champagne</i> , por Manuel Linares Rivas	3'50
<i>La guerra palpitante</i>	3'00
<i>Una mancha de Sangre</i> , por Joaquín Belda	1'50
<i>El Monstruo</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	3'00
<i>La Cocina racional</i> , por Magdalena S. Fuentes	3'00
<i>Mi Venus</i> , por Joaquín Dicenta	1'00
<i>Fantasmas</i> , por Manuel Linares Rivas	3'00
<i>Fatal dilema</i> , por Abel Botelho,	

tomos I y II, cada volumen	2'50
<i>Años de miseria y de risa</i> , por Eduardo Zamacois	3'50
<i>Presentimiento</i> , por Eduardo Zamacois	1'50
<i>La Leona de Castilla</i> , por Francisco Villaespesa	3'50
<i>El paraíso de los solteros</i> , por Andrés González-Blanco	1'00
<i>Al son de la guitarra</i> , por Federico García Sanchíz	2'00
<i>Toninadas</i> , por Manuel Linares Rivas	3'50
<i>Una vida ejemplar</i> , por Diego San José	1'50
<i>La enemiga</i> , por Darío Nicodemi	3'50
<i>El oscuro dominio</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	1'00
<i>En camisa rosa</i> , por Felipe Trigo	3'50
<i>El crimen de Avellaneda</i> , por Atanasio Rivero	3'50
<i>Al margen de la vida</i> , por Baldomeiro Argente	2'00
<i>Más chulo que un ocho</i> , por Joaquín Belda	1'00





LS.

B4277m

181365

Author Belda, Joaquín

Title Más Chulo que un Ocho.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

